

En la otra vertiente

Quisiera aventurarme y, saltando la carena, pasar a la otra vertiente, la que todavía no ha sido explorada por nosotros y en la cual nuestra fe debe vivir antes de poder hablar de nuevo de Dios. Es la que los creyentes debemos alcanzar, pues es donde ahora se encuentra la vida, y ya no donde nosotros estamos. Es necesario que vayamos allí, dejando el país de Ur y los valles de nuestros mayores, pues los vivos ahora están allí. Y de Dios, al menos sé que "no es un Dios de muertos, sino de vivos" (Mc 12, 27). Si él viniera hoy, si él viniera mañana, allá iría.



Intento mostrar que para poder "decir Dios", para poder vivirlo y compartirlo de manera significativa para los hombre y mujeres de hoy y del día de mañana, los creyentes hemos de "pasar a la otra vertiente" y vivir allí las grandes experiencias de la condición humana según la nueva manera que hoy día se van perfilando.

Más que hablar de "una" vertiente, abarcable toda ella con una sola mirada, mejor sería hablar de regiones, de las cuales todavía no podríamos ni precisar sus límites ni las relaciones que se dan entre ellas, aunque sea evidente su mutua dependencia. Poco conocidas todavía por nosotros, nos será necesario morar en ellas, habitarlas, y dejarnos habitar por ellas antes de poder seguir hablando. Sin ninguna prisa por reducir la multiplicidad a la unidad, ni de organizar la diversidad, sin ninguna preocupación por construir síntesis.

Será muy difícil, pues trataremos de realidades que son, al mismo tiempo, las más antiguas y las más habituales del mundo. ¿Cómo llegar a manifestar, pues, toda su novedad a través de todo lo que ya ha sido vivido, dicho y teorizado? Será muy difícil, pues trataremos de realidades que son, al mismo tiempo, las más atrayentes y las más inquietantes del mundo de los humanos. Realidades tan poderosas y peligrosas que el hombre ha creído un deber la urgencia en dominarlas y, si preciso fuera, en destruirlas, o, por el contrario, el dejarse arrastrar por ellas sin tomarse un tiempo para leer su rostro.

Trataremos de la muerte, de la sexualidad, de la culpabilidad... De todo eso ya se ha hablado mucho y nunca se acaba de hablar. Por mi parte, yo que he sido profesor de teología moral con suficientes conocimientos sobre el psicoanálisis, no tengo ahora ninguna pretensión -ni ninguna posibilidad- de olvidar todo lo que he sabido y he dicho sobre estos temas, pero quisiera hacer un esfuerzo para llegar a oler, a olfatear lo que hay de novedad en la experiencia que ahora estamos haciendo de la muerte, de la sexualidad, de la culpabilidad. Quisiera permitir que esta nueva relación que ahora tenemos con ellas aflorara a la superficie de los inagotables discursos y de las gigantescas instituciones que hemos edificado para señorear sobre aquello que, siempre huidizo, nos domina.

Mi única razón para hablar de todo ello es Dios: qué representación, qué diálogo, que intercambio, qué búsqueda podemos hoy hacer de Dios. La fe siempre ha tenido que ver con la muerte, con la sexualidad, con la culpabilidad.

Dios es un Dios que viene, y que viene no del hombre; viene de Dios. Pero viene a nosotros, y todo aquello que nosotros vivimos de él, todo aquello que nosotros decimos

de él, ha sido recibido, modelado, conformado, deformado, anexionado, humillado, esclavizado, servido, exaltado, magnificado por todo aquello que está en juego en nosotros y entre nosotros bajo el signo de la muerte, de la sexualidad, de la culpabilidad.

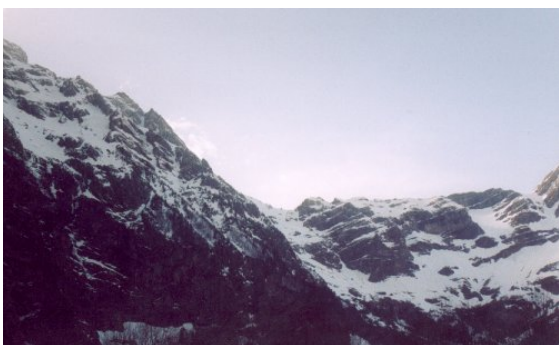
Ciertamente, me parece que la experiencia que hoy hacemos, en nuestro Occidente de fines del siglo XX, de la muerte, de la sexualidad, de la culpabilidad, ha entrado en un proceso de cambio. Pero este cambio no sucede aquí, a este lado de la carena; nos es necesario, pues, pasar la carena, ir a la otra vertiente. Conviene que las antiguas alianzas se descompongan, que las maneras cómo nuestra antiguas experiencias habían dado forma y cuerpo a Dios desaparezcan, para que sean posibles las nuevas alianzas, sabiendo sin embargo que éstas, en un nuevo siglo, deberán también desaparecer.

No tengo la pretensión de poder describir cuáles serán estas nuevas experiencias, que no han hecho más que comenzar a expresarse. Además yo ya no soy joven; soy del viejo mundo y durante largos años mi manera de vivir me ha alejado de los espacios y de las formas de vida donde las nuevas experiencias podían ir surgiendo. Pero me veo obligado a proclamarlo: las antiguas alianzas son ahora mortíferas y es necesario destruirlas. No afirmo que ellas hayan sido perniciosas o falsas; sino que el antiguo mundo se va y que es necesario deshacer las relaciones que este mundo había creado con Dios, la manera cómo la fe había sabido sacar provecho, si queremos que Dios pueda seguir siendo Dios como él quiere, es decir, el mismo y el otro, el eterno y el nuevo, en un mundo nuevo ya que ha llegado a ser otro.

Después de treinta años de trabajo creo que puedo hablar. Y más, porque he tenido la suerte -es una suerte si uno no llega a morir- de que se destruyeran en mí las antiguas alianzas entre la muerte y Dios, entre Dios y la sexualidad, entre Dios y la culpabilidad. Ahora estoy capacitado para poder decir cómo ellas han hecho prisionero a Dios, cómo ellas alienan los humanos, deforman la fe cristiana, alejan Dios de los hombres, alejan los hombres de Dios, de ellos mismos y de entre ellos.

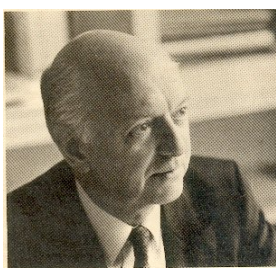
Quiero destruir estas figuras, que se convierten en ídolos de Dios y de los humanos, que convierten a Dios y a los humanos en ídolos.

Destruirlos. ¿Para qué Dios? No lo sé. ¿Para qué humanos? No lo sé. ¿Para qué nuevas alianzas? No lo sé.



Pero es necesario comenzar a salir del reino de la muerte, para poder ir a la otra vertiente, habitar allí y vivir allí, ya que es allí donde desde ahora será su vida. Para que haya una nueva alianza, si hay alianza. Para que Dios pueda venir, si hay un Dios y si él es un Dios que viene.

Jacques Pohier
[*Dieu fractures*](#)
[Ed. du Seuil](#)
Paris, 1985



Jacques Pohier, nacido en 1926. dominico desde 1949 y sacerdote desde 1954, profesor de teología dogmática y moral, familiarizado con el psicoanálisis. Entre sus escritos podemos mencionar [*Psychologie et Théologie*](#) (Ed. du Cerf, 1967), *Au nom du Père, recherches théologiques et psychanalytiques* (Ed. Du Cerf, 1972), [Le](#)

[chretien, le plaisir et la sexualite](#) (1976), [Quand je dis Dieu](#) (Ed. du Seuil, 1977), [Dieu fractures](#) (Ed. Du Seuil, 1985), [La Mort opportune](#) (Ed. du Seuil, 1998), [La Mort opportune : Les Droits des vivants sur la fin de leur vie](#) (1998). Desde 1984 ha participado en la [Association pour le droit de mourir dans la dignité](#) (ADMD), de la cual fue Secretario General, más tarde Presidente y actualmente administrador. También ha sido miembro del Secretariado de la *World Federation of the Right-to-Dies Societes*. La publicación de su libro *Quand je dis Dieu* le valió la condena del Vaticano a no enseñar (profesor), a no predicar (fraile predicador), a no presidir la eucaristía (sacerdote). Es una buena garantía. Perteneció a la Orden de los dominicos durante cuarenta años.

Para compartir las inquietudes y los miedos interiores ante la enfermedad y la muerte

Traduce y resume:

Miquel Sunyol

<http://www.tinet.org/~fqj>